

FÁTIMA ARANDA MONTOYA

Estudió Especialidad en Español, Maestría en Creación y Apreciación Literarios y la Maestría en Terapia Gestalt. Ha ganado concursos estatales del Día del Maestro en las áreas de declamación, escritura de cuento y poesía en el estado de Zacatecas. Actualmente es integrante de la Academia Nacional de Poesía, dependiente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Café de media noche

Desde que entré en tu cuerpo sentí esa conexión, sí, ésa que dicen sentir los enamorados en el primer beso; sin embargo, nosotros nunca nos dimos un beso, simplemente nos conectamos. En realidad, creo que estábamos conectados mucho antes, aunque no sé cómo ni por quién. Yo sé que ya me estabas esperando. Sabías que el destino un día nos uniría, pues nadie puede huir del plan divino. Yo no lo estuve buscando, simplemente el tiempo me llevó al lugar indicado. Entonces me pude conectar con tus pensamientos, sentimientos, recuerdos, tu esencia. Supe que muy en el fondo, en el abismo de tu ser, me habías estado esperando.

Ahí estaba yo, en el recuerdo de aquel día en que, a los diecisiete años, te escapaste de los soldados entre los magueyales de los conos que aún continúan como centinelas frente a tu casa, creo que no era nuestro tiempo, a pesar de que estuvimos tan cerca, apenas nos vimos. Imaginé el latir de tu corazón y la presión en tu sangre aquel momento. La naturaleza sirvió de refugio y abrigo. Al final, llegaste a esa ciudad donde permaneciste por muchos años conmigo en el pensamiento.

No tengo presente el día que nací. Creo que nadie lo tiene, solamente sé que mi existencia se reduce a un encierro de toda la vida, un encierro silencioso y frío, tan frío como la misma muerte. Ese oscuro lugar lleno de tantos como yo, esperando el día en que por fin nos liberaran.

Hay quienes piensan en mí como un ser malo, otros que soy justa, caritativa o peligrosa, pues generalmente dejo incertidumbre, dolor y llanto a mi paso. Enfrío cuerpo y alma de quienes se encuentran conmigo. Dicen que no tengo sentimientos y, ¿cómo voy a tenerlos?, si todo mi ser es una aleación de odios, miedos, envidias, ansias de poder y muerte. Así es, estoy llena de muerte, de hecho, ese día que me encontré contigo fue el único día de mi vida, pues nací para dar muerte.

Fuimos cuatro en tu vida, que coincidimos en el tiempo en la dimensión correcta, también eso pude ver en el breve encuentro de nuestras almas. La primera te desgarró las entrañas con tanto odio, rencor, venganza y maldad. La segunda solamente pasó a tu lado, generando desconcierto, pero no logró hacerte ningún daño. La cuarta creyó cegar tu pensamiento y eliminar todos tus recuerdos, pero, en realidad fui yo, la que justo antes atravesó tu corazón invadiendo cada célula y arterias. En un viaje relámpago destruí tus sentimientos. Entré y salí dejándote una muerte lenta y la huella eterna de mi paso quedaría grabada en la pared de esa casa frente a los conos. Sí, fui yo quien te dejó sin vida. Muchos me llaman traición, pero yo no comprendo lo que dicen los hombres. Soy de acero y el acero no comprende. No tiene nada qué comprender, simplemente se la pasa encerrado toda su vida y, cuando sale de su encierro, indudablemente se encuentra con la muerte. En el mejor de los casos, siente por unos segundos el calor de un cuerpo antes de morir. Es cuando surge esta conexión que me sucedió contigo. Y puede penetrar en la esencia de alguien, entonces muere feliz, pero la mayoría no tienen esta suerte. Mueren solas, abandonadas y frías, tal como fueron creadas.

En el camino, cuando ya te trasladaban, pude acompañarte en un recorrido por toda tu vida. Te vi pequeño, en los brazos amorosos de tu madre bebiendo el néctar de vida que ella te brindaba. Recorrimos tu infancia desde tus primeros pasos, de tus travesuras y de aquel día cuando te caíste del árbol al tratar de bajar el nido de gorriones para regalarlo a mamá el día de su cumpleaños. De repente todo se volvió oscuro, tu pensamiento estaba nublado, tu memoria ennegrecida por actos que en ese momento intentabas borrar. Entre las penumbras logré ver que tratabas de indagar y encontrar respuestas: ¿quién fue? No lograbas comprender ni aceptar que hubieras caído; si ya te habías librado de tantos peligros. Recordaste aquella ocasión, a los diecisiete años, en que eran muchos soldados bien

entrenados y, aun así, no te pudieron encontrar a pesar de que pasaron casi frente a ti cuando te escondiste en una madriguera de coyote. Te pude ver agazapado y cubierto con ramón y nopales secos.

Inmediatamente tu pensamiento viajó hasta el día en que ese hombre llegó a buscarte a tu casa con la pistola en la mano culpándote de sus desgracias, pues habías acabado con todo su futuro y su vida. Lo habías dejado sin patrimonio ni hogar. Pude percibir en ti una sensación que tal vez podría llamarse culpa. Ese día el hombre entró a inspeccionar toda tu casa, pero no encontró nada, pues ya te habías escapado por una puerta que tenías oculta detrás de la alacena de tu cocina, planeada perfectamente para cuando llegara ese momento.

Después viajamos hasta un gran campo lleno de animales en el que te reuniste con varios hombres. Todos opinaban y hablaban al mismo tiempo. Estaban planeando dar un golpe en los alrededores, pero tú los detuviste. Con mi gente no se metan. Nadie respondió a tus palabras, simplemente obedecieron tu orden, pero en el corazón de uno de ellos ardía la llama negra de la envidiosa rivalidad. “No le hagan caso, nosotros podemos dar el golpe solos”. Nadie lo siguió. Dos brasas ardientes se proyectaron en su rostro. Te preocupa ahora quién protegerá a tu gente.

En el camino te preguntabas: ¿Quién habrá sido? No cabe duda que fue por encargo. No pude conocer a ninguno de ellos. No eran de aquí. Pero, ¿quién los mandó? ¿Por qué me confié tanto? ¿Cómo me reconocieron? Ya había visto ese carro negro como otras veces. Tuvo que ser alguien de los que estaban conmigo quien les dio la señal, de otro modo, no entiendo cómo me reconocieron tan fácil. Tanto andar por el mundo huyendo, recorriendo caminos, arriesgando la vida. Y fui a caer precisamente frente a mi casa. Entonces te exaltaste. Mi hijo, ¿qué habrá sido de él? Alcancé a ver que se subió a la camioneta. Estoy seguro de que fue a seguirlos, ¿los habrá alcanzado?

Ese muchacho siempre fue tan impulsivo. Ojalá no le haya pasado nada.

Tengo que reconocer que fuiste un hombre muy fuerte, después del impacto, aguantaste mucho con el corazón en pedazos. Tu pensamiento era tan confuso, brincaba de un escenario a otro sin previo aviso. Fue un viaje tan vertiginoso que sentí un mareo. Recordaste también a aquella mujer, la que conociste el día de las carreras. Tus ojos se clavaron en su corazón y sus caricias cegaron tu entendimiento. Ahí estaba otra posibilidad. Tal vez fue el marido que cuando descubrió que lo abandonaría por ti, juró que te encontraría y te vería caer frente a él para remendar así su herida que sólo sería sanada con tu muerte. O, quizá, fue ella la que decidió que con tu muerte podría borrar tu recuerdo para siempre y continuar su existencia vacía sin el dolor de verte compartido. Total, quien haya sido, era lo de menos. Tú ya estabas ahí, impregnado de mi esencia, repasando tu vida, sintiendo ese adormecimiento en tu cuerpo, parecido a una descarga eléctrica que te recorrió hasta los huesos.

Entonces repasaste la escena cuando el astro rey perdió su brillo y saliste de tu casa. Viste los majestuosos conos legendarios, testigos del hecho. Llegaron tus amigos a platicar, todo marchaba normal, el ritual de cada día, se sentarían viendo hacia la carretera, nuevamente, el carro naranja pasaría a la misma hora manejado por ella, mi creadora, quien saludaría con una ligera reverencia, pero sin dirigir la vista a alguien en específico. Quién iba a pensar que, horas después, sería ella la que me ordenaría contar nuestra historia en el momento mismo en que, sentada en su mesa, tomando café de media noche, escucharía los cuatro disparos e inmediatamente el aullar de los perros y el grito doloroso del viento al ver que le habían arrancado de las entrañas a uno de sus hijos. Pero en ese momento que pasó por tu casa, nada se mostraba fuera de lo normal, excepto esa opresión que tenías en tu pecho que no te podías explicar, pare-

cía el indicio de un infarto, pero tú, un hombre tan fuerte, no te quejaste y preferiste no comentarlo a nadie.

Era la premonición de mi llegada, ésa que habías sentido cada vez que estuvimos cerca, aunque, esta vez, el presentimiento era mucho más fuerte. El universo estaba conspirando nuestro encuentro definitivo. Entonces viste un auto negro muy extraño, no pasaba muy seguido por ahí. Se detuvo unos segundos. Nadie tomó importancia hasta que bajaron esos dos hombres y, sin decir nada, dispararon cuatro veces. Me depositaron en tu cuerpo y fui directa a tu corazón, sintiendo la euforia de ser libre. Ése fue el único día en que mi ser salió del frío casquillo que lo guardaba y sintió el calor de tu cuerpo. Creo que soy afortunada, pues no todas sienten calor al morir ni logran conectar con otro ser como yo lo hice contigo.

Caíste hacia el frente, de eso estabas seguro. Tu mente se nubló, pero estabas tranquilo, pues en el pueblo se dice que cuando las víctimas caen de frente, siempre encuentran al asesino. Tal vez así sea, pero eso ya qué importa, de cualquier manera, en este momento tú y yo ya hemos dejado de existir. La luz que estabas viendo ha llegado a cegar tus recuerdos, tus penas y tus malestares. Ahora sientes una placidez que no habías sentido hace mucho tiempo. Desde que estabas en el vientre de tu madre. Sí, sientes esa seguridad que te brindaba y el mismo calor. Eso es. Haz vuelto a la vida. Nuevamente tienes una oportunidad para empezar en otro espacio, en otro cuerpo. ¿Y yo? ¿Qué será de mí en unas horas más cuando tu anterior cuerpo pierda su calor? Volveré a sentir el terrible frío y la soledad de siempre.

Desapareceré de este mundo cuando alguien borre la huella que he dejado en esa casa frente a los conos o cuando su taza de café vuelva a quedar vacía...